

**NO CONOZCO EL MAR,  
PERO MI PAPÁ  
TIENE UNA ISLA**



Edgar Alexander Rincón Silva

**NO CONOZCO EL MAR,  
PERO MI PAPÁ  
TIENE UNA ISLA**

Novela Finalista - Primer Concurso de Novela Breve  
*Álvaro Cepeda Samudio*  
convocado por Sistemas y Computadores S.A.  
y su proyecto cultural  
(Sic) Editorial

**(Sic)**  
Editorial

Bucaramanga - Colombia  
2004

**PRIMERA EDICIÓN**

Febrero de 2004

**DIAGRAMACIÓN, IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN**  
**(Sic) Editorial**

Proyecto Cultural de Sistemas y Computadores S.A.

Centro Empresarial Chicamocha Of. 303 Sur

Tel: (97) 6343558 - Fax (97) 6455869

Bucaramanga - Colombia

E-mail: siceditorial@syc.com.co

ISBN: 958-708-049-1

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra,  
por cualquier medio, sin autorización escrita del autor

Impreso en Colombia

Edgar Alexander Rincón Silva

alexander\_foto@Email.com





Dedicatoria

To my siblings, they live in my memory...

Si supieras  
que el río no es de agua  
y no trae barcos  
ni maderos,  
solo pequeñas algas  
crecidas en el pecho  
de los hombres dormidos

Andrea Cote



## I

Dejo caer el cigarrillo aun sin apagarlo, me paso la mano por la frente para ver si tengo sudor y luego la pongo en mi pecho para que mi corazón deje sus gritos, mientras con la otra hago señas a los autos a ver si pescó un taxi.

Cierro la puerta con fuerza y me acomodo en la cojinería gastada. El conductor es un hombre viejo y serio, de aquí solo se ve su cabeza calva y de vez en cuando su nariz respingada. No sonrío durante ningún momento del recorrido. Atrás, de los parlantes, sale la voz poderosa de “toña la Negra” mágicamente exudada de una emisora del a.m. Me recuesto, estoy cansada, dejo que la música ande por doquier a sus anchas sin estorbarme, pongo la cabeza hacia atrás y los ojos mirando la mugre que hay arriba.

...“No conozco el mar, pero mi papá tiene una isla”, decía todo el tiempo a mis amigas cuando se ponían a hablar de las vacaciones, de los viajes, de cosas que una habla cuando chiquita. “¿Una isla donde?”. “Pues en un río, mi papá es dueño de una isla en un río”. “No sabía que en los ríos hubieran islas” me decían, y yo “bueno, ese es un pedazo de tierra que se le metió de frente al río, así

que el río tuvo que partirse en dos y abrazarlo”.

...Aún ahora cuando el tiempo ha hecho un poco borrosos los recuerdos, por más que lo intento, ni la isla ni mi papá se van de mi memoria. Como el río, ambos son una presencia inagotable en esta vida que me tocó a mí, es más; ese temor mío de volver por la isla, de encontrarme con esa miseria, con esa nada que poco a poco nos fue devorando hasta hacernos olvidar los pocos días felices, esta más cerca que nunca, es un animal que viene a mi encuentro y yo estoy dormida, amarrada por mi destino que lo llama para que me devore.

Es que la isla y mi papá nunca se marcharon, jamás fueron expulsados de nuestras vidas, todo lo contrario: están ahí inamovibles, impertinentes, humillantes como siempre. Es cierto que varias veces deseé que muriera mi padre, que se fuera para siempre; pero ahora los detritus de su imagen, de su voz arrogante y autoritaria deambulan por mi alma como espinas que deciden regarse por la sangre para siempre. Es como si su ausencia ahora definitiva, fuera una última bofetada que me dejara las mejillas marcadas para siempre. Una bofetada que se recuerda cada vez que te ves al espejo y dices: “me llamo Luisa, soy la menor y nací por que mi madre quería para retener unos años más a mi padre, la inspiración de todos sus rencores y sus odios; mi padre, al que me enseñaron a detestar de manera lenta y sistemática por todas sus errores,

todas infidelidades” y luego más concentrada, sintiendo que esa del espejo y yo somos ambas un reflejo de algo, de alguien que esta atrás, antes de mi... “que mierdas, creo que lo odio, pero tengo sus ojos, su boca y sus manos...”. Esa que veo en el espejo, y yo, somos un reflejo distorsionado de mi padre.

## II

Ya no quedaba nada en la isla, tres de sus hijos habían muerto en brazos de las aguas y el rancho de tejas de zinc y paredes de tabla estaba más solo que nunca... Ya habían aparecido todas las estrellas sobre ese cielo y el rumor del río, suave y continuo, apenas permitía prever lo que venía...

Mi papá salió a orinar, pero como estaba triste y no tenía sueño, decidió ir a orinar hasta el río, sentarse en la playa y pensar en sus hijos muertos. Sentado, el agua mecía el reflejo de la luna sobre su cauce negro y el canto de los sapos y de los grillos se combinaba con el del río. A veces alumbraba para ver las arañas y los moscos que caminaban por las aguas o se ponía a sacarse la arena de entre los dedos como queriendo distraerse. Como en esas noches, una lágrima venía camino a su rostro fruto de una memoria en llamas; hasta que algo distrajo su atención... Era el canto del río que venía cargado

de fuertes voces apretadas, era el canto del río que venía a abrazar la tierra, que quería tragárselo todo... mi papá lo descubrió por que vio que las aguas venían con troncos, con follaje de árboles derramados, con muerte y detritus. Cientos de caballos corriendo en estampida eran una hoja galopando en el viento, comparados con la bastedad de la voz de las aguas navegando por su propio cause. Su cuerpo húmedo, también fue creciendo al ritmo de su violencia, de su danza ondulada. El nivel de las aguas fue aumentando al ritmo de la angustia de mi padre, que escuchaba en su canto, el canto de la muerte.

Corrió sin dejar de apuntar la linterna al piso. Entre plátanos y maleza, entre toronjos y limonares mi papá corrió sin detenerse hasta el rancho. Se paró en la cerca, justo al lado del gallinero y lanzó un grito hacia la nada: “¡El río viene creciendo!”. De la mismísima oscuridad le respondió el grito de una mujer que compartía la sorpresa de mi padre, pero que había comprendido a plenitud el mensaje. El resto fue silencio, las hijas de doña Carmen, la vieja que había contestado, también habían escuchado perfectamente. “Si don Simón lo dice”, dijo con miedo Anita, la niña que tantas veces había venido a cocinar para mi viejo; “a lo mejor tiene razón, alisten...”.

El rumor fue aumentando a medida que el nivel del río se alzaba. Furia que iba creciendo, troncos

y piedras rodando, siendo empujadas por las aguas, por la violencia de la infinita humedad. Mi padre, conocedor de esos días; temeroso por que aunque había visto tantos hombres muertos y destrozados, no se había acostumbrado a la idea de que él también sería algún día un cadáver; abrió los portillos para que las bestias escaparan a su antojo, reunió sus lazos más fuertes y amarró una manila a cada una de las cuatro patas de la mesa del comedor, una mesa grande para ocho personas, uniendo después cada uno de los otros extremos, con una de las vigas de la casa que bordeaban esa parte del rancho. Para ese entonces, tal vez unos 20 minutos, el río ya había alcanzado tal nivel que se escuchaba con la misma intensidad que cuando se estaba en la playa, y la playa quedaba a unos treinta metros de la casa. Pronto, y de eso mi padre estaba seguro, el agua tocaría el piso de la casa y de no actuar rápido, las pérdidas serían mayores. Así que mi padre sacó su colchón, la Biblia y unas cobijas y las puso sobre la mesa del comedor, que sería su refugio por esa noche y hasta cuando pasara la creciente. También buscó la vieja linterna, le cambió las pilas, sacó el pequeño radio de pilas y se dispuso a esperar lo inevitable echando de vez en cuando un vistazo a sus animales, hasta donde alargara sus ojos la linterna, “Mis gallinas, ojalá ese puto palo aguante”...

### III

En cuestión de minutos el agua empezó a golpear la casa con troncos, restos de tablas, de cercas y uno que otro animal muerto que dejaba ver el resplandor de su hinchada silueta en medio de las aguas. Adentro, las camas del viejo rancho con paredes de tabla ya estaban empezando a humedecerse. Mucho más pronto de lo que el viejo había previsto, la creciente superó la rayita que hacia año y medio había marcado en la pared para señalar el histórico nivel de las aguas que le robaron tres vacas y casi todas sus matas de plátano. Tal suceso era en verdad alarmante y no eran mas de las ocho. Una oscuridad profunda y compacta se cernía sobre la noche, las poquitas estrellas se habían escondido tras unas nubes densas y cargadas de relámpagos.

Son tristes los días donde solo se puede esperar y las horas que los conforman se alargan hasta estrangularte la esperanza.

Mi padre no pudo conciliar el sueño, la angustia de la muerte en todas las direcciones, en todos los costados lo mantenía alerta. En cuatro patas sobre la mesa, sobre el colchón, con la Biblia al frente y el radio a su lado, junto a la linterna; veía pasar el agua con aparente lentitud, interminable.

Algunas veces el chapoteo de las aguas le salpicó, pero no fue eso lo que lo mantuvo despierto todas las horas de la noche. Fue la continuidad de las

aguas, la continuidad del peligro, la mesa moviéndose, dando sacudidas; eso y la trágica silueta de una pequeña que estuvo detenida contra una viga durante casi dos horas: un pequeño cadáver de cabellos rubios, que mi padre enfocaba de vez en cuando. Derramó algunas lágrimas y le rezó interminables salmos pues según él, ella estaba ahí por que deseaba que rezaran por ella para poder irse tranquila, insegura por el dolor causado a sus padres. Aquella noche, mi papá confirmó la magia que todos le atribuían al salmo 91 “del justo que confía en Dios y vence todas las adversidades”; cuando, luego de terminarlo, el cuerpo continuó su marcha silenciosa sobre las aguas, esta vez sin detenerse... “Aguas adentro niña, queda el alma de dios”, y luego más lágrimas, pero estas por sus propios hijos, mis hermanos, ésos que alguien debió haber visto alguna vez navegando sobre las turbias aguas de su propia muerte.

La muerte tan cerca... rubios cabellos, tiernas carnes mecidas en una cuna de agua, fría muerte en medio de la noche y los llantos de una madre acrecentando el nivel de las aguas... imposible dormir con la muerte tan cerca, frente a ti, viéndote a los ojos, imposible descansar después de ver el horror: La pobre niña ahogada era en el río un cadáver igual al de un cerdo. “Ojalá que los cuervos no te saquen los ojos como lo hicieron con mi último hijo”...